



El Concurso de Los Mejores Inventos (y algunos otros acontecimientos)

Berta Dávila

Ilustraciones de Ana Guadalupe Lauzirika



algar

Cinco monedas y dos billetes

Begoña López y su sobrino Pedro habían pasado una Navidad fabulosa, sin reparar en gastos. Habían tenido un árbol espectacular, seguramente el más espectacular que nunca hayas visto, alto hasta el techo y con muchas ramas retorcidas, verdes hojas puntiagudas, luces de colores centelleantes, una guirnalda de espuma realmente aparatosa, algunos lazos de satén azul y una estrella dorada y brillante coronando la cumbre.

Habían seleccionado juntos cada uno de los adornos de ese árbol en las mejores tiendas de la ciudad, y después pensaron que un árbol tan espléndido como ese pedía a gritos una fiesta a su altura, así que prepararon manjares de un sabor indescriptible: bogavantes a la parrilla, patatas asadas con polvo de oro comestible

y, de postre, tarta de fresas importadas. Por supuesto, invitaron a todos sus amigos, que no eran pocos porque los dos eran personas muy agradables.

Como ninguno de ellos sabía cantar, pero a ambos les gustaba mucho la música, habían contratado un coro de sopranos llegadas de la misma Viena, que interpretaron para ellos en exclusiva villancicos muy hermosos. Y también habían comprado una máquina de fabricar nieve artificial, ya que los dos estuvieron de acuerdo en que la falta de nieve era un problema si querían tener una Navidad de película.

Supongo que puedes imaginar que todas esas cosas no son baratas. Pues Begoña López, no. Begoña López era una persona tan agradable como poco previsora, así que, cuando terminaron las fiestas, comprobó, no sin cierta sorpresa, que en la hucha con forma de cerdito donde guardaba desde que tenía memoria todo su dinero ya no quedaba casi nada. Y se asustó. Lo contó y lo volvió a contar. ¿Cómo era posible? Apenas cinco monedas y dos billetes, eso era todo. Por lo menos los billetes eran grandes, pensó para consolarse.

Begoña López era una señora de mediana edad, baja estatura y buen corazón que estaba muy orgullosa de sí misma porque, a pesar de no tener un nombre como Cósima Fantástiquez, o cualquier otro de esas



características, era una persona muy interesante y había llegado lejos en esta vida. De hecho, era directora de cine, que es un trabajo muy poco habitual y bastante apasionante, en mi opinión. Además, era una directora de cine un poco particular, porque no estaba interesada en que sus películas contasen mentiras. Begoña López era documentalista, es decir, hacía películas para contar historias que les habían ocurrido de verdad a algunas personas de carne y hueso que ella conocía, y nunca, de ningún modo, para inventarse ninguna.

Uno de sus documentales más celebrados tenía como protagonista a un músico italiano especialista en distintas formas de silencio. Había recorrido con él los bosques más solitarios de Europa y, gracias a esa película, se había hecho mundialmente famosa —según el criterio de su sobrino Pedro— o, a lo mejor, solo un poco conocida en el mundo del cine —según el criterio de cualquier otra persona—. También había filmado la historia de una tenista asmática que vivía en una casa a la orilla del mar en contra de la recomendación de sus médicos, que le habían sugerido muchas veces que se mudase a un lugar con menos humedad. La tenista asmática dedicaba todas las mañanas a pasear por la playa para recoger lo que traía la marea en un cubo de plástico y todas sus tardes a jugar al tenis. El documental se titulaba *Conchas y canchas*, y había recibido varios premios.

La vida de una documentalista de mediana edad, por muy famosa que sea, no es, desde luego, una vida de lujos. Begoña López no ganaba mucho dinero, pero tenía su propio sistema para administrar la economía doméstica y siempre había funcionado aceptablemente bien. El sistema consistía en examinar de vez en cuando la hucha con forma de cerdito. Si estaba bastante llena, Begoña López compraba helados y



juguets para Pedro ese mes y dormía la siesta todas las tardes. Si estaba medio llena, Begoña López compraba arroz y macarrones para comer, y pasaba algún tiempo haciendo trabajos que no le gustaban mucho, como encargarse de grabar un reportaje en vídeo de la boda del hijo del muy ilustre señor Ínfula. El señor Ínfula se quedaba muy contento, y el cerdito de Begoña, también.

De cualquier manera, hasta después de aquella Navidad fabulosa, la situación nunca había sido tan desesperada. Aunque los dos billetes fuesen grandes, dos billetes y cinco monedas no dan para mucho. Begoña López le anunció a Pedro que se avecinaban tiempos difíciles.

—No será una broma, ¿verdad? —preguntó Pedro.

Begoña López, en ninguna circunstancia, ni siquiera de broma, sería capaz de contar una mentira. Por razones muy concretas que todavía no ha llegado el momento de explicar, las mentiras eran la segunda de las cosas que más odiaba en el mundo. Así que respondió:

—¡Por supuesto que no!

La primera de las cosas que más odiaba en el mundo, por supuesto que sí, eran los mentirosos.